

Del colapso del Imperio a la República alemana. Un análisis al experimento democrático en Weimar

Juan David Restrepo Zapata

Para citar este artículo:

Restrepo Zapata, J. (2024). Del colapso del Imperio a la República alemana. Un análisis al experimento democrático en Weimar. *Revista Via Iuris*, 37, 1-27. DOI: <https://doi.org/10.37511/viaiuris.n37a8>

Del colapso del Imperio a la república alemana. Un análisis al experimento democrático en Weimar*

Juan David Restrepo Zapata**

Fecha de recepción: 23 de septiembre de 2024

Fecha de evaluación: 20 de noviembre de 2024

Fecha de aprobación: 29 de octubre de 2024

Para citar este artículo:

Restrepo Zapata, J. (2024). Del colapso del Imperio a la República alemana. Un análisis al experimento democrático en Weimar. *Revista Via Iuris*, 37, 1-27. DOI: <https://doi.org/10.37511/viaiuris.n37a8>

*Artículo derivado del proyecto de investigación: “Élites globales, redes transnacionales y dinero. Una exploración a los vínculos entre las élites del mundo atlántico, 1880 – 1930”, desarrollado en la Universidad Autónoma de Madrid (España).

**Doctorando en Historia en la Universidad Autónoma de Madrid, España. Magíster en Historia por la Universidad Nacional de Colombia. Profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia, Colombia, y del Programa de Historia de la Universidad Pontificia Bolivariana. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2397-1577> Google Scholar: https://scholar.google.com/citations?user=Z_yWfQoAAAAJ&hl=es&oi=ao Correo: juandrestrepozapata@gmail.com

Del colapso del Imperio a la república alemana. Un análisis al experimento democrático en Weimar

Resumen

Este artículo tiene por objetivo analizar, desde una perspectiva histórica, la génesis de la República de Weimar. El desarrollo constitucional allí incorporado se convirtió en una experiencia poliédrica de facciones ideológicas, que iban desde la extrema izquierda hasta el movimiento nacionalista más radical que apelaba a la diferenciación racial, a la nación cultural y al destino profetizado de Alemania. Para desarrollar este análisis se examinó en fuentes primarias algunos de los hechos conocidos como la revolución de noviembre, se indagó por los principales ejes constitucionales emanados de la Asamblea reunida en Weimar y se plantearon algunos puntos de análisis frente al movimiento intelectual que enfrentó la nueva república. Finalmente, se analiza el Tratado de Versalles, como un elemento esencial para comprender el inicio de aquel experimento democrático crucial para la sociedad alemana y para la civilización occidental.

Palabras clave: Alemania; República de Weimar; Revolución de noviembre; Experimento democrático; Asamblea constituyente.

From the Collapse of the Empire to the German Republic. An Analysis of the Democratic Experiment in Weimar

Abstract

This article aims to analyze, from a historical perspective, the genesis of the Weimar Republic. The constitutional development incorporated therein became a multifaceted experience of ideological factions, ranging from the extreme left to the most radical nationalist movement that appealed to racial differentiation, the cultural nation and the prophesied destiny of Germany. In order to develop this analysis, some of the events known as the November Revolution were examined in primary sources, the main constitutional axes emanating from the Assembly gathered in Weimar were investigated, and some points of analysis were made regarding the intellectual movement that faced the new republic. Finally, the Treaty of Versailles is analyzed as an essential element to understand the beginning of that crucial democratic experiment for German society and for Western civilization.

Keywords: Germany; Weimar Republic; November revolution; Democratic experiment; Constituent assembly.

Do colapso do Império à República Alemã. Uma análise da experiência democrática de Weimar

Resumo

Este artigo pretende analisar a gênese da República de Weimar numa perspectiva histórica. O desenvolvimento constitucional nela consubstanciado transformou-se numa experiência multifacetada de facções ideológicas, desde a extrema-esquerda ao movimento nacionalista mais radical que apelava à diferenciação racial, à nacionalidade cultural e ao destino profetizado da Alemanha. Para desenvolver esta análise, foram examinados, em fontes primárias, alguns dos acontecimentos conhecidos como Revolução de novembro, investigados os principais eixos constitucionais emanados da Assembleia que se reuniu em Weimar e feitos alguns pontos de análise sobre o movimento intelectual que confrontou a nova república. Finalmente, analisou-se o Tratado de Versalhes como elemento essencial para compreender o início dessa experiência democrática crucial para a sociedade alemã e para a civilização ocidental.

Palavras-chave: Alemanha; República de Weimar; Revolução de novembro; Experiência democrática; Assembleia constituinte.

De l'effondrement de l'Empire à la République allemande. Une analyse de l'expérience démocratique de Weimar

Résumé

Cet article vise à analyser la genèse de la République de Weimar dans une perspective historique. Le développement constitutionnel qu'elle incarne est devenu une expérience multiforme de factions idéologiques, allant de l'extrême gauche au mouvement nationaliste plus radical qui fait appel à la différenciation raciale, à la nation culturelle et au destin prophétisé de l'Allemagne. Afin de développer cette analyse, certains des événements connus sous le nom de Révolution de novembre ont été examinés dans des sources primaires, les principaux axes constitutionnels émanant de l'Assemblée qui s'est réunie à Weimar ont été étudiés, et certains points d'analyse ont été faits concernant le mouvement intellectuel auquel la nouvelle république a été confrontée. Enfin, le traité de Versailles a été analysé en tant qu'élément essentiel pour comprendre le début de cette expérience démocratique cruciale pour la société allemande et la civilisation occidentale.

Mots-clés : Allemagne ; République de Weimar ; Révolution de novembre ; expérience démocratique ; Assemblée constituante.

Introducción

Uno de los periodos más convulsos y complejos de la historia europea y alemana es el contemplado entre las dos guerras mundiales. Aquella época desinstaló la idea de progreso, materializó la degradación de la acción humana como elemento que atentaba contra ella misma y discutió la posibilidad de mantener una continuidad histórica de los sistemas políticos que hasta 1914 parecían inexpugnables. En otras palabras, se vivió una guerra civil europea que llevó a la movilización total (Casanova, 2011).

La República de Weimar emergió como una estruendosa salida del Imperio que había puesto a tambalear las bases de la nación francesa, nacida de la revolución moderna burguesa, y de paso rivalizó con el imperio marítimo hegemónico, Inglaterra. La república como forma de gobierno se planteó en un escenario en el que nunca se había practicado el ejercicio del poder por esta vía, por lo cual Weimar fue desde sus orígenes una *república sin republicanos* (Herf, 1984; Álvarez, 2021).

El contexto revolucionario bolchevique y el fracaso del ejército alemán llevaron a que el proyecto socialdemócrata fuera el elegido para llevar las riendas de la transición. Dicho partido consiguió fraguar una serie de pactos interclasistas que derivarían en una Constitución de avanzada, que vincularía la protección del obrero junto con las garantías para el empresariado. Es decir, conoció una situación híbrida entre un capitalismo económico, un socialismo político, y un modelo liberal. Es por todo ello que Weimar ha sido objeto de numerosos estudios desde diferentes corrientes del conocimiento.

El impacto en el mundo constitucional, intelectual, político, social y cultural ha llamado la atención de académicos que buscan explicaciones a este desenlace de la historia alemana. Trabajos como el de Collotti (1972), Kühnl (1991), Rürup (1992), Weitz (2009), López Olivia (2010), Martín de la Guardia (2005), Casquete y Tajadura (2020), o Álvarez (2021) han aportado nuevas visiones y matices al caso en cuestión. Algunos estudios se decantan por la explicación causal del juego de poderes europeo. Asimismo, se observa a Weimar como la consolidación del proyecto liberal burgués en lucha contra el comunismo, de la cual parten algunos trabajos marxistas que esgrimen la

modernización socialista como un veto a la revolución. Y finalmente, otras hipótesis proponen una profunda mirada al colapso civilizatorio alemán, enmarcado en un sistema de valores occidentales, que no tendrían drenaje hasta la confrontación armada. Con base en este estado de la cuestión, este artículo cuestiona ¿cómo la República de Weimar logró equilibrar una constitución híbrida que integraba elementos capitalistas, socialistas y liberales en medio de un contexto marcado por tensiones ideológicas extremas? Asimismo, se pregunta ¿por qué este modelo, que inicialmente era considerado avanzado, llevó a una radicalización política?

Desde estas perspectivas poliédricas este artículo traza como objetivo analizar el impacto de los acontecimientos históricos, las ideologías políticas y las tensiones sociales en la evolución y conformación del proyecto republicano de Weimar, haciendo énfasis en sus propuestas y establecimiento como un experimento democrático que años más tarde acabó convirtiéndose en la cuna de los más radicales proyectos nacionalistas, adecuando el ascenso y conformación del *Tercer Reich*.

El análisis del impacto histórico-político que aquí se desarrolla proporciona una comprensión detallada del proceso histórico, las ideologías políticas y las tensiones sociales en la evolución y conformación del proyecto republicano, integrando diferentes perspectivas disciplinarias para ofrecer una visión más completa del tema.

Metodología

El artículo adopta una metodología interdisciplinaria basada en tres etapas principales. En primer lugar, se desarrolla una revisión exhaustiva de fuentes primarias y secundarias, incluyendo prensa de la época, manuscritos de intelectuales relevantes y el texto constitucional de Weimar, para identificar los discursos predominantes y los datos clave sobre su evolución. En segundo lugar, se lleva a cabo un análisis crítico de los datos electorales del período, con el objetivo de examinar las dinámicas políticas, los acuerdos interclasistas y los puntos de tensión entre las ideologías presentes. Por último, se emplea un enfoque comparativo, contrastando los hallazgos con estudios de autores reconocidos como Collotti, Kühnl y Weitz, para integrar las interpretaciones de diversas corrientes historiográficas y ofrecer una visión poliédrica que explique el tránsito de Weimar como experimento democrático hacia el surgimiento del Tercer Reich.

El estudio de este experimento republicano resulta fundamental para comprender uno de los períodos más críticos de la historia, marcado por la transición de un sistema imperial a un experimento democrático en un contexto de profundas tensiones ideológicas, políticas y sociales. Este análisis se justifica por la relevancia histórica de Weimar como un laboratorio político que, a pesar de su Constitución avanzada y sus pactos interclasistas, terminó siendo incapaz de resistir las presiones internas y externas que condujeron al ascenso de totalitarismos. Examinar este caso permite no solo entender las dinámicas que llevaron a la radicalización política, sino también reflexionar sobre las fragilidades de los sistemas democráticos en escenarios de polarización extrema, lo que lo convierte en un tema de estudio clave tanto para la historiografía como para el análisis político contemporáneo.

Resultados y discusión

La derrota del imperio, la humillación de la nación

La carrera imperialista europea ocurrida durante las últimas décadas del siglo XIX y su marcada crisis durante los primeros años del siglo XX, supuso una reconversión del modelo hegemónico alemán, que se construyó bajo las premisas del expansionismo colonial, el desarrollo industrial y científico, la creación de un poderoso Estado de corte prusiano y la adopción de un romanticismo socio cultural que construía una visión perfectible de la historia del país germano.

Otto von Bismarck, artífice del Imperio (*II Reich*), tras la Guerra Franco-Prusiana en 1871 desarrolló una serie de estrategias para conservar el poder de la élite aristocrática, que al tiempo buscaba incluir a la burguesía en un sistema parlamentario para el mantenimiento del *status quo*. En adición, la proyección económica alemana se constituyó a partir de la industrialización, el avance de las ciencias, las técnicas y el robustecimiento del arsenal militar, que desarrolló fuerza balística, naval y submarina en una escala de las grandes potencias del mundo (Hobsbawm, 2009).

Este jubiloso y ambicioso proyecto fue apalancado por un ambiente discursivo, simbólico y jurídico que intentaba mantener diezmados los choques entre los distintos sectores de la sociedad, en medio del contexto que representaba el auge de las corrientes marxistas. Así, Alemania fue un caldo de cultivo que congregó un conservadurismo

pleno que apelaba a un malestar civilizatorio, y a una burguesía identificada con el capitalismo individualista y el parlamentarismo liberal. Este contexto fue propicio para quienes acentuaban un potente discurso nacionalista racial y cultural que señalaba la pureza de la nación, en un movimiento proyectado por la prensa, que arraigaba sentimientos de reivindicación y reclamaba la inmutabilidad del pueblo alemán, y una mentalidad defendida por algunos sectores sociales e incluso por amplios sectores de la universidad germana (Clark, 2007).

Por otro lado, el aumento demográfico alemán, que pasó de 41 millones de habitantes en 1871 a 67,7 millones en 1914 (Fulbrook, 2009, p.191), representó un crecimiento de las ciudades y con ello del proletariado. Este sector comenzó a buscar garantías laborales y sociales, por lo que algunas políticas del Estado giraron en torno a la adopción de nuevos derechos, sobre los tiempos permitidos para las jornadas laborales, la obligatoriedad de las vacaciones o la adopción de aspectos de seguridad social. La gran industria fue entonces el escenario perfecto para la agremiación sindical -en algún porcentaje con reivindicaciones marxistas-, que se difundió con fuerza por todo el país. Los obreros organizados buscaban participación política electoral, o en algunos sectores radicales, una revolución. Estos hechos fueron combatidos con fuerza por el Estado con la promulgación de leyes de excepción que prohibían la conformación de partidos obreros, con un efecto inverso al deseado y que al finalizar el siglo XIX tuvieron que ser reversadas.

Fue entonces que ocurrió un desplazamiento del electorado hacia partidos como el *Sozialdemokratische Partei Deutschlands*³ [SPD] que comenzó a ganar posiciones electorales, alcanzando el 35% de los votos durante los primeros lustros del siglo XX y llegando a tener por lo menos 1,1 millones de afiliados en 1914 (Kühnl, 1991: 17), junto con algunos otros partidos como el *Zentrum*, de corriente de católica pero que agremiaba sectores de centro, obreros, izquierdas y algunos más de corte liberal. En la Tabla 1 se observa la evolución de los partidos políticos representados en el *Reichstag*, la asamblea parlamentaria nacional alemana.

Tabla 1. Evolución del electorado, porcentaje según partido político en el *Reichstag*.

³ Partido Socialdemócrata Alemán en su traducción al castellano.

Fecha	SPD	Zentrum ⁴	FVP ⁵ y liberales de izquierda	Otros liberales	NLP ⁶ y liberales nacionales	DRP ⁷	DKP ⁸
1881	6,1	23,1	14,7	11,1	12,1	7,5	15,2
1884	9,7	22,5	19,0	0,5	17,4	6,8	15,2
1887	10,1	19,9	13,8	1,0	21,9	9,8	15,2
1890	19,7	18,5	17,9	1,1	15,6	6,4	12,2
1893	23,3	19,1	14,2	0,8	12,3	5,7	12,9
1898	27,2	18,8	11,4	0,8	12,9	4,4	10,7
1903	31,7	19,7	9,3	0,5	13,7	3,5	9,5
1907	28,9	18,8	10,8	1,2	14,8	4,2	9,4
1912	34,8	16,3	12,1	1,0	13,5	3,3	8,2

Fuente: elaboración propia a partir de: Schröder (2016). “Wahlen in Deutschland bis 1918, Reichstagswahlen, Ergebnisse reichsweit”.⁹

Este abanico de resultados electorales, que aumentaba de manera favorable para las izquierdas, se convertía en una amenaza latente para los sectores conservadores. Pese a ello, el miedo por una revolución proletaria era disimulado por la fuerza del ejército prusiano. El uso de la violencia del Estado era la garante de la estabilidad del modelo, y una posible revuelta sería fácilmente opacada con ella. Así, los militares fueron durante el Imperio Guillermino una especie de contrapoder al *Reichstag*¹⁰. A pesar de ello, este último percibía un aumento de votos a favor de partidos con ideologías alternas a la visión de nación defendida por los tradicionalistas.

Los sectores socialistas fueron vistos como elementos nefastos para la germanidad preconizada por los conservadores, quienes además eran juzgados como malos alemanes que traicionaban con sus proyectos políticos el futuro del Imperio. A esta ola de rechazo por la otredad representada en los partidos obreros, se sumó el señalamiento por parte de grupos nacionalistas a los judíos, que fueron categorizados como una raza inferior, que afectaba la pureza de lo germano, y que arrebatava las

⁴ *Deutsche Zentrumspartei*.

⁵ Partido Popular Progresista - *Fortschrittliche Volkspartei*, (FVP). De ideología liberal y progresista.

⁶ El Partido Nacional Liberal - *Nationalliberale Partei*, (NLP).

⁷ Partido del Imperio Alemán - *Freikonservative Partei* o *Deutsche Reichspartei*, (DRP). De corriente derechista, que surgió a través del movimiento conservador prusiano.

⁸ Partido Conservador Alemán - *Deutschkonservative Partei*, (DKP). De ideología conservadora.

⁹ <https://wahlen-in-deutschland.de/krtw.htm>

¹⁰ El Reichstag era la asamblea o el parlamento del Imperio.

posibilidades del grueso del pueblo. En consecuencia, se reclamaba al Káiser Guillermo II, en el trono desde 1888, acciones contra estos sectores.

Así, el emperador enarboló las banderas que defendían lo alemán no solo al interior de la nación sino en la escena internacional, llevando a la potencia construida por Bismarck a buscar nuevas glorias militares, además de las económicas, políticas o coloniales, asumiendo continuamente posiciones beligerantes frente a las rivalidades geopolíticas. Este cruce de alianzas y pactos de protección, junto con el auge de los nacionalismos, fraguó el escenario perfecto para la conflagración europea, que solo necesitaba la *casus belli* que surgió en la península de los Balcanes.

La Primera Guerra Mundial o “Gran Guerra” se fraguó como una hecatombe inimaginable frente a las formas y discursos que tomó, pero profetizada por intelectuales y hombres de estado antes de su desenlace, que desestabilizó la hegemonía europea y permitió la multipolaridad en el tablero internacional. Como sostuvo Carl von Clausewitz, la guerra pasaba a convertirse en un juego político utilizando otros medios, que llegó en un momento donde las capacidades militares e industriales del Imperio Alemán eran lo suficientemente fuertes para asegurar, en el imaginario de la dirección militar, una victoria durante la confrontación, no solo por el sistema de alianzas que se fraguaron bajo los gobiernos del canciller Bismarck sino por los precedentes representados en la Guerra Franco-Prusiana, la unificación alemana, y su posición sólida con respecto al colonialismo imperante. Esta guerra fue imaginada desde los escritorios como una confrontación rápida, puntual y estratégica que daría gloria al Imperio, pero finalmente derivó en una guerra total que resultó en su colapso.

El curso de la guerra evadió los intereses imperiales y configuró en el horizonte la posibilidad de una derrota que llevaría al ocaso alemán, y a la reconversión del ejercicio del poder europeo con el ascenso de los Estados Unidos como innegable ganador de las riendas del sistema mundo. Fue por ello que la Guerra ocasionó una convivencia permanente con la incertidumbre, a lo que se sumó la Revolución Bolchevique de 1917 y la posterior caída del Imperio Ruso (Parker, 1987). Una clara imagen de lo que el futuro podría traer para el país germano.

Todo ello fue caldo de cultivo para el brote de un movimiento revolucionario comunista en el país germano, que el nuevo árbitro internacional norteamericano debía

evitar. Uno de los movimientos con mayor eco fue el conformado por Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y Clara Zetkin, mejor conocidos como los “espartaquistas”, que se declararon antimilitaristas pero revolucionarios y tuvieron fuertes apoyos en su propaganda frente a la guerra y contra el modelo prusiano-conservador. Este sector alcanzó amplio respaldo obrero y fue común encontrar huelgas proletarias que pedían el fin de la guerra (Weitz, 1997). Fue por el temor que despertaba aquella situación en los Estados Unidos, por los fantasmas socialistas que podría encubrir, que buscaron una desescalada de la Guerra con miembros del Partido *Zentrum*, para acordar un periodo de transición controlado. Buscando ese camino, en el *Reichstag* fue aprobada una “Resolución de Paz” el 19 de julio de 1917, presentada por el líder del mencionado partido católico, Matthias Erzberger, que reclamaba una posición alemana pacífica, renunciaba a la política anexionista y solicitaba la reconciliación con sus contrincantes.

Esta presión condicionó las acciones de los ejércitos en el campo. Las huelgas obreras y algunas otras corrientes anarquistas que pedían el fin de la Guerra se hicieron sentir y el ejército decidió realizar una movilización de hombres sin precedentes que buscaba la finalización del conflicto a su favor y así poder pasar al control de la situación interna. Justamente, el frente oriental ya había sido controlado gracias a la revolución bolchevique de octubre de 1917, que brindó la oportunidad de firmar el Tratado de Brest-Litovsk el 3 de marzo de 1918, y ahora solo el frente occidental ocupaba la atención alemana.

Erich Ludendorff, uno de los generales con mayor poder en el Estado Mayor Alemán, buscó diezmar las posiciones británicas y francesas con tres millones de hombres aproximadamente, en una operación iniciada el 28 de marzo de 1918, en la región del Somme (Stevenson, 2013). Los aliados respondieron y agotaron las capacidades germanas hasta hacerlas retroceder, y hacia septiembre de aquel año ya era visible para Ludendorff que la guerra estaba perdida, de modo que aconsejó al Káiser la búsqueda de un nuevo gobierno para la futura firma del armisticio en cabeza de Max von Baden, más cercano a un acuerdo de paz.

Por su parte el Reichstag, que tenía ahora una amplia representación socialista, del centro católico y liberales de izquierda, buscó negociar con los enemigos el final de

la guerra. Pese a ello, durante todo el mes de octubre Ludendorff y algunos otros oficiales del Estado Mayor Alemán, sobre todo de la Marina, no renunciaban a la posibilidad de continuar en batalla para defender su honor lanzando ofensivas contra posiciones aliadas en mar y tierra. Esto llevó a un amotinamiento de marinos ubicados en las flotas del Báltico, que rápidamente se extendió a los demás ámbitos del ejército hasta llegar a Baviera, el Ruhr y Berlín.

Para los dirigentes políticos esta sublevación pareció tomar una orientación bolchevique cuando se comenzaron a crear consejos de trabajadores y soldados por varias ciudades de Alemania, que simpatizaban con el marxismo y el anarquismo. Rápidamente, numerosos contingentes militares desobedecieron a la oficialidad y tomaron el poder en numerosas localidades del país. Estos consejos pasaron a formar gobiernos provisionales que se hicieron con el control de las instituciones y en muchos lugares se llegó a plantear la transformación de los regímenes de propiedad para instaurar modelos socialistas, que a su vez proponían una acción política desde la base (Kühnl, 1991, p.23).

Así, una posible guerra civil se avizoraba en el horizonte sin una posible salida. Entre los reclamos de los soldados y obreros sublevados, estaba el fin de la guerra y la renuncia del emperador. La revolución estaba servida; el 9 de noviembre de 1919 el gobierno dimitió, Guillermo II abdicó y el Imperio Alemán colapsó. “*El Emperador y el príncipe heredero han abdicado. Ha sido derrumbada la dinastía*”, informó el ABC de Madrid (ABC, 10 de noviembre de 1919, p.9).

De la metamorfosis revolucionaria a la república

La revolución que consiguió la dislocación de uno de los imperios más poderosos de la Europa decimonónica tenía diversas composiciones. Ella se caracterizó por mantener formas y estructuras bélicas que apalancarían el uso la violencia, además, impondría por la fuerza la creación de un nuevo Estado (Jones, 2016), que estaría en manos transitoriamente del Partido Socialista SPD, y en su líder Friedrich Ebert. Pero no sería fácil conducir las riendas del Estado disputando el control del poder con los consejos de obreros y soldados que “se extendían por toda la nación” y que en “muchas

ciudades fue reconocido, sin vacilación alguna, por las autoridades militares” (ABC, 11 de noviembre de 1918, p.7). La revolución parecía en ocasiones tomar caminos irresolubles, como anunciaba el ABC al declarar que la masa proletaria buscaba “hacer realidad el Manifiesto Comunista de Karl Marx. (...) La masa obrera se alista en el bando comunista” (ABC, 5 de febrero de 1919, p.3).

Ebert deseaba las sendas pacíficas de la transición por la vía institucional y democrática en lugar de una revolución proletaria. El socialdemócrata sabía que el derrocamiento de un gobierno civil afrontaría una lesiva contienda para Alemania y enfrentaría bandos opuestos de una sociedad jerarquizada. Por ello concluyó que pactando pequeños consensos con diversos sectores políticos minimizaría el riesgo de una confrontación (Gerwarth, 2018). Así, los líderes del SPD Ebert y Philipp Scheidmann, “invocaron a la libertad, a la democracia; [y] clamaron contra el terror de una minoría y contra la revolución que les amenazaba” (ABC, 5 de febrero de 1919, p.3).

La capacidad estadista de Ebert posibilitó un pacto con sectores de la vieja élite para conseguir una transición hacia un Estado con matices socialistas, pero también se alió con sectores del Estado Mayor Alemán para garantizar algún grado de respaldo del ala militar. Estos últimos solicitaron la eliminación de los consejos de obreros y soldados por el temor que su presencia despertaba en el sector castrense, al ser considerados marxistas. Simultáneamente Ebert acordó el apoyo de los industriales, garantizando la conservación de la empresa privada a cambio del reforzamiento de aspectos de seguridad social y derechos laborales.

Fue en este reparto de alianzas que el SPD sufrió fuertes disputas internas y se reclamaron posiciones de escisión dentro de la colectividad. Así, el Partido Comunista KPD y los espartaquistas sintieron una absoluta traición a sus ideales. Según Rosa de Luxemburgo:

¿Podía esperarse una victoria definitiva del proletariado revolucionario en el presente enfrentamiento, podía esperarse la caída de los Ebert-Scheidemann y la instauración de la dictadura socialista? Desde luego que no si se toman en consideración la totalidad de los elementos que deciden sobre la cuestión. La herida abierta de la causa revolucionaria en el momento actual [14 de enero de

1919], la inmadurez política de la masa de los soldados, que todavía se dejan manipular por sus oficiales con fines antipopulares y contrarrevolucionarios, es ya una prueba de que en el presente choque no era posible esperar una victoria duradera de la revolución. Por otra parte, esta inmadurez del elemento militar no es sino un síntoma de la inmadurez general de la revolución alemana (Luxemburgo, 1919).¹¹

Para luchar contra ello, incrementaron los actos propagandísticos y discursivos circularon panfletos o revistas como *Cartas de Espartaco* o *Die Rote Fahne* (La Bandera Roja). Estos medios de difusión, eran canales de cohesión del movimiento, así como de dirección ideológica y programática, pero principalmente una fuente directa para seducir a las masas frente al proyecto revolucionario (Romero, 2008, p.459-460). Dentro de los objetivos expresados por ellos en sus columnas se encontraban:

1. Derrocamiento de la hegemonía capitalista a la que conducía el Gobierno provisional de mayoritarios e independientes.
 2. Realización del orden socialista para delegar todo el poder en la masa trabajadora organizada en los consejos revolucionarios.
 3. Convocatoria de un Congreso Internacional de los Consejos de Trabajadores para ratificar la inspiración socialista e internacional de la revolución.
 4. Llamada a la organización de los proletarios rurales, los grandes olvidados en la revolución de noviembre.
 5. Formación de una Guardia Roja.
 6. Confiscación de bienes de la Corona y expropiación de los latifundios.
- (Romero, 2008: 466).

Esta Liga espartaquista, sin embargo, no contó con el fuerte rechazo que sus acciones tuvieron en los sectores tradicionales e incluso liberales y socialistas, y que llevaron a una nueva ola de represión ejecutada desde el Estado por soldados que en reiteradas ocasiones ingresaron a los lugares de edición, durante los meses de diciembre de 1918, y enero-febrero de 1919 (Klein, 1985).

La estrategia antirrevolucionaria descansó en varios frentes. El primero de ellos, ya expuesto, era la negociación con los sectores tradicionales, además de vender la idea

¹¹ http://www.archivochile.cl/Ideas_Autores/luxembr/d/luxemburgorde0014.pdf

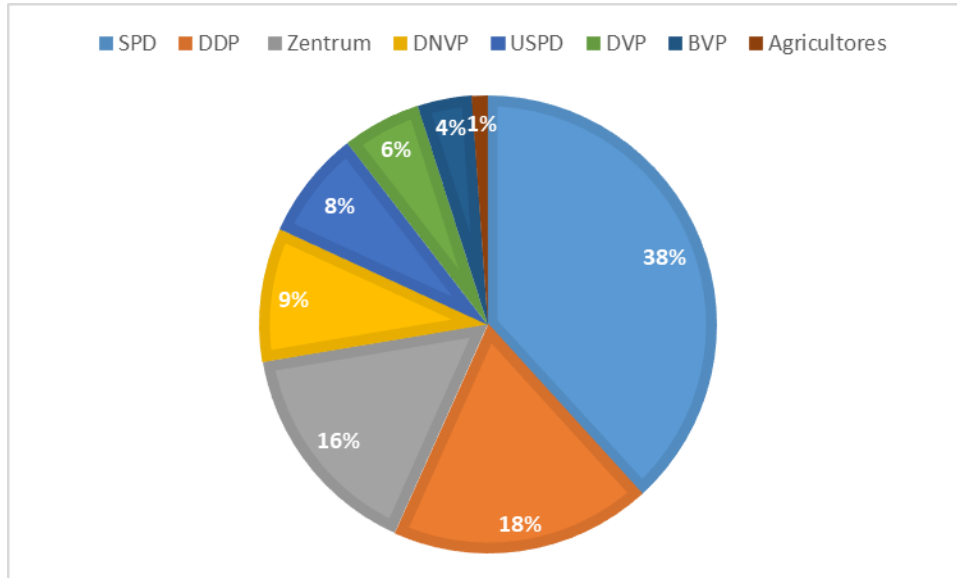
dentro del ámbito obrero, de la alianza lograda entre los viejos militares y la gran industria en favor del proletariado (Kühnl, 1991, p.25). Y segundo, se creó un grupo paramilitar nacionalista llamado los *Freikorps*, dentro del cual había un mayúsculo grupo de militares retirados, que con el beneplácito de gobierno, ordenó reprimir las voces disidentes, entre ellos, todo lo que tuviera relación con la revolución comunista. Para enero de 1919, cuando los espartaquistas decidieron levantarse contra el nuevo gobierno establecido, el ejército y los *Freikorps* se encargaron de su represión y eliminación. Fue durante estos hechos que personajes clave de los espartaquistas, como Karl Liebknecht y Rosa de Luxemburgo, resultaron asesinados en Berlín. Ello le valió la absoluta desconfianza de la izquierda radical al proyecto socialdemócrata.

Ebert ya había acordado una aparente solidaridad interclasista que buscaría la renovación del aparato estatal por medio de un nuevo pacto constitucional y conseguiría una legitimación a partir de la soberanía emanada del cuerpo social, dejando atrás la apelada legitimidad monárquica. Así, se convocaron elecciones para una nueva Asamblea Constituyente que se desarrollaron el 19 de enero de 1919, que resultaron en una amplia victoria del SPD. Justamente, estas elecciones fueron las primeras en que las mujeres obtuvieron el derecho al voto y se dejó atrás el elemento censitario como filtro para el ejercicio democrático.

El desarrollo constitucional de Weimar

Las elecciones marcaron una renovación de las fuerzas políticas que definirían el futuro del Estado alemán. La mayoría del electorado se volcó hacia tendencias de socialistas, de izquierdas y de centro, vetando las posibilidades de maniobra de partidos conservadores o de derechas. Por su parte el SPD, quien lideraba la transición, obtuvo un 37,9% de escaños en la Asamblea Constitucional, seguida solo por el Partido Democrático Alemán (DDP), una agrupación liberal de izquierda, que obtuvo el 18,3% de las curules. La sumatoria de estos dos partidos, más el *Zentrum*, agrupaba más del 70% del cuerpo constituyente, lo que les brindaba capacidad decisoria. La imposibilidad de actuar al unísono como partido llevó a la construcción de la llamada Coalición de Weimar (ver: Gráfico 1).

Gráfico 1. Porcentaje de partidos en la Asamblea Nacional



Fuente: elaboración propia a partir de Wahlen in Deutschland bis 1918, Reichstagswahlen, Ergebnisse reichsweit.¹²

La derrota del Imperio conllevó también la derrota momentánea de los partidos conservadores, más no la desaparición. El Partido Nacional Popular Alemán (DNVP) que representaba una ideología nacionalista, pro-monárquica, antisemita y racial, no consiguió un peso representativo en la Asamblea, junto con el Partido Popular Alemán (DVP), un poco más moderado, que defendía el monarquismo constitucional.

Ebert tomó el liderazgo buscando construir una democracia liberal en su país, en el marco del nuevo contrato social. En su discurso inaugural de la Asamblea el 6 de febrero de 1919, destacó la importancia del trabajo duro, el orden y la disciplina en la construcción de la nueva república, y señaló como culpables del caos a las antiguas élites gobernantes y a la fuerza revanchista con que los aliados estaban manejando la situación. Al respecto, se refería a las negociaciones como una afrenta de los enemigos de Alemania:

¹² <https://wahlen-in-deutschland.de/krtw.htm>

La guerra no sólo nos dejó exhaustos a nosotros, sino que agotó también, y de qué manera, a nuestros adversarios. De esa postración nace la idea de recuperarse del desastre a costa del pueblo alemán, y de explotarnos en nombre de la paz. Nos oponemos con todas nuestras fuerzas a tales planes, revanchistas y abusivos. [Aplausos] El pueblo alemán no está dispuesto a trabajar en condiciones de esclavitud para otras naciones durante los próximos veinte, cuarenta o sesenta años [...] El pueblo alemán está decidido a asumir su responsabilidad en los desmanes o violaciones en que haya podido incurrir de forma deliberada. Pero no permitirá que se le castigue por hechos que hubo de padecer, víctima como fue también de la guerra y de la falta de libertad que la precedió (Ebert, 1919: 244-253, citado en: Weitz, 2009, p.27).

Fue entonces en Weimar que las tensiones con los aliados parecían incrementarse discursivamente, pero al mismo tiempo se inclinaba la balanza hacia un modelo liberal democrático que se asemejaba más al sistema político de los países occidentales que a los modelos imperiales.

La nueva Constitución parecía plasmar un nuevo espíritu de conjunción entre la cultura alemana, el humanismo, el socialismo moderado, los valores democráticos y el liberalismo económico. Su proclamación el 11 de agosto de 1919 dotó al Estado de un sistema electoral representativo, que surgía del sufragio universal directo y libre de los alemanes mayores de veinte años y reformaba la estructura político-administrativa, centralizando la jefatura del Estado en un presidente elegido directamente por el pueblo, que simbolizaba unidad y tenía poderes fundamentales para garantizar el orden interno y para establecer alianzas internacionales.

El poder presidencial creado en Weimar respondió, en parte, al período de conmoción en el que se debatió la Constitución. Pensando en la necesidad de mantener el orden, se le dotó de capacidades tales como el mando supremo de las Fuerzas Militares, el poder constitucional de declarar el Estado de Excepción y con ello suspender “provisionalmente, en todo o en parte, los derechos fundamentales” (Bühler, 1931, art. 48), y a tomar las medidas necesarias para restablecer la seguridad y el orden público. En adición, tenía la capacidad de disolución del *Reichstag*, la convocatoria a nuevas elecciones y la aprobación de leyes autónomas vía referéndum. Asimismo, el presidente era quien nombraba al Canciller del Reich, y este a su vez formaba gobierno.

Además, el *Reichstag* tenía la capacidad de votar para censurar cualquier disposición del Ejecutivo. Todo ello indica que sus funciones abarcaban también un control constitucional bidireccional para crear un sistema de pesos y contrapesos entre el poder legislativo y el ejecutivo. Estas disposiciones, que se adoptaron pensando en la inestabilidad de la naciente república que estaba a punto de iniciar una guerra civil, serían determinantes en la etapa final de Weimar.

El *Reichstag* ahora pasaría a ser un órgano nacional y no solo la presentación de los diferentes territorios alemanes. Los diputados eran los representantes del pueblo y actuaban en su nombre, por lo que “solo estarían sometidos a su conciencia y no se hallarían sujetos a ningún mandato” (Bühler, 1931, art. 21). Este órgano legislativo sería elegido bajo las premisas de la universalidad, la igualdad y el anonimato del voto. Su función de control al ejecutivo, se basaba en otorgarle confianza al gobierno para ejercer sus funciones, así como destituir ministros. En sintonía, la Constitución de Weimar se convirtió en un sistema híbrido que mezclaba regímenes parlamentarios y presidencialistas.

En la Asamblea Constituyente también se decidió darle unicidad al territorio nacional, al convertirse no en un territorio federado sino la suma de todos los *länder* o países en la nación alemana. Con ello se buscaba que no primara la hegemonía de Prusia por sobre el resto de los territorios.

Este cuerpo constitucional definió también una serie de derechos y libertades fundamentales, como la libertad de expresión y de prensa, definió la igualdad sin distinción de sexos, abolió privilegios por nacimiento o pertenencia a alguna clase o de origen nobiliario y amplió los derechos políticos a todos los ciudadanos, hombres y mujeres mayores de veinte años. La Constitución también enmarcó las acciones del Estado desde una perspectiva laica, que reconocía la libertad de creencia y el libre ejercicio de culto, que incluso tendrían protección del Estado, una disposición de avanzada para su momento. Lo que ocasionó un fuerte viraje entre el anterior sistema político jerarquizado y estamental del Imperio, y buscó la modernización estatal que agregaría nuevos valores y modelos a la vida social y política germana.

Uno de los puntos más desafiantes de la Constitución fue implementar un diseño que fuera reivindicatorio de los derechos laborales y sociales, no solo los reclamados

por la revolución de noviembre, sino como esencia de los partidos socialistas que gobernaban Alemania, pero de forma tal que no afectara drásticamente a la élite económica del país. La fuerte industrialización germana implicó que la organización de las relaciones patrón-peón fuera considerada esencial en la vida política de la nación.

El Estado refundado era democrático pero no socialista, por lo que se respetó la libertad de industria y la propiedad privada pero se asignaron una serie de derechos a los trabajadores, como la libertad de sindicalizarse, subsidios al desempleo, un fuerte apoyo a las mujeres durante la maternidad y una protección a los lactantes, a la infancia y a la juventud alemana. En cierta manera, la Constitución se fraguó con un ánimo benefactor, que reconoció el derecho a la salud y buscó garantías para la vejez. También se legisló sobre los periodos de descanso y receso laboral, así como la garantía para el ejercicio de los derechos políticos durante la jornada laboral (Restrepo-Zapata, 2018, p.85-106). Ello, según López Olivia (2010, p.233-243) y (Pérez 2000, p.56-67) consolidó un modelo de Estado de Bienestar bastante avanzado y progresista en su momento, que buscaba estabilidad en medio de las disputas ideológicas y que marcó un paradigma para el sistema europeo junto a la Organización Internacional del Trabajo de ese mismo año.

Precisamente allí Weimar estuvo sometido de forma constante, desde sus inicios, a fuertes arremetidas procedentes de sectores de izquierda y comunistas, que veían la Constitución no solo como una traición a su proyecto de dictadura del proletariado, sino también como la piedra en el zapato que calmaría los ánimos revolucionarios del proletariado por los acuerdos pacíficos que la originaron entre el capitalismo y el socialismo, pero que “en términos de política real, significaba, sin embargo, continuar reforzando el capitalismo” (Kühnl, 1991, p.34). Es decir, la vía reformadora opacaba la revolución y con ello se le arrebató su fuerza sustanciadora: la masa obrera.

Sin embargo, el espíritu democrático que la originó también sería objeto de ataques por parte de sectores intelectuales, que veían esta forma de gobierno como el origen del caos demagógico. Esta facción de la intelectualidad alemana, clásica exponente del conservadurismo puro, vio en Weimar el fracaso de su sistema de valores superiores.

El movimiento intelectual en la génesis de Weimar

Sin duda, un amplio sector intelectual se desligó desde el principio del proyecto republicano. Para ellos, “Weimar era la representante de la dictadura de la plebe y, al mismo tiempo, consecuencia y símbolo de la derrota militar” (Kühnl, 1991, p.132). Su identificación fue directa y sin vacilaciones con la defensa del proyecto imperial que brindó gloria a Alemania y que apeló al romanticismo germano. El papel de los intelectuales fue declarar su superioridad y marcar diferencias con la socialdemocracia. Sus acciones y discursos buscaban la materialización de la gran Alemania, perdida y traicionada; su proyecto eternizado nada tenía que ver con Weimar, con la democracia o el modelo liberal burgués (Phelan y Domingo, 1990).

La pérdida de la Guerra forzó a los intelectuales a repensar sus orígenes frente al colapso de su sistema de valores. Sobre la decadencia de Occidente, como señalaba Oswald Spengler. La “revolución conservadora”, paradójica en sí misma pero plasmada como una revolución contra la modernidad imperante, se convertía en la alternativa radical, en la reasunción de valores del cuerpo político y cultural fracturado. La Alemania de Bismarck era para ellos el relato del destino colectivo europeo que consagraba el romanticismo (Gómez García, 2019).

No fue casual que intelectuales del talante de Carl Schmitt fueran críticos del parlamentarismo burgués y exaltaran las Leyes de Núremberg [*Nürnberger Gesetze*] de 1935, que derogaban algunos elementos de Weimar y proponían la identificación del judío como enemigo. Asimismo, el odio reclamado por la clase dirigente contra las naciones enemigas -siendo orquestado incluso por la socialdemocracia de Ebert-, tenía una clara definición y adalid en los intelectuales germanos. La feroz e irreconciliable postura de personajes como Thomas Mann militarizó los escritorios y llevó la guerra a las palabras, disparando torbellinos de discursos que esgrimían una apología de la fuerza sobre la debilidad. La guerra fue justificada como una expansión de los valores y una defensa de la nación, que era a su vez personificada en el Emperador, mancillado y víctima del ostracismo socialista. La guerra, elemento crucial del Estado prusiano, corazón del Imperio, fue lo que mantuvo vivo por muchos años al proyecto alemán. Y por eso no fue la instauración de una constitución democrática-liberal lo que causó un mayor malestar a los intelectuales y a la alta aristocracia, sino aceptar el desplome sin

precedentes de los ejércitos, que conduciría hacia las inaceptables condiciones radicadas en Versalles.

La vieja aristocracia militarista se vio obligada a ceder ante las fuerzas antiguamente sofocadas, es decir los obreros, las clases medias, los artesanos y campesinos que ahora tenían sus cartas a favor en la arena política, y con ello sufrirían “el riesgo de proletarización de la sociedad, del final del Estado burocratizado y jerarquizado a que estaban acostumbrados, lo que conllevaba a una rebaja de su status social” (Sánchez Ron, 1999, p.56). Era impensable pues, un equilibrio de poderes para muchos de los intelectuales que, acostumbrados a gobernar sobre Alemania, pasaron a ser gobernados por ella. Muchos de ellos, Ernst Jünger o Martin Heidegger además de los ya mencionados, enfrentaron con la pluma la mencionada crisis de occidente, la aparición de la “aterradora” sociedad de masas y al derrumbe de la filosofía de la historia del progreso.

Sin embargo, algunos intelectuales del bando contrario, profetas de un humanismo pacifista, fueron introducidos en la contienda. Así, quien no apoyaba la Guerra estaba en contra de Alemania, al mejor estilo dualista de Schmitt. Renegar la guerra era sinónimo de cobardía. Incluso en el ámbito marxista, la vía de la revolución era la guerra, por lo que negarla o contradecirla era estar en su contra. Intelectuales como Max Scheler, Georg Trakl o Wilhelm Herzog sufrieron fuertes ataques que incluso conllevaron a su muerte.

Impacto del Tratado de Versalles

La negociación del Tratado de Paz en Versalles fue un duro revés para el sector conservador alemán, que vio plasmadas en sus páginas una humillación. Para los aliados fue la oportunidad de garantizar la paz en el futuro, buscando la redefinición de fronteras, detener el avance del comunismo, crear nuevos Estados y proponer un sistema de reparaciones económicas que remediara las ruinas que había dejado la Guerra. Las reuniones preparatorias eran encabezadas por las tres potencias victoriosas, Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Solo cuando las condiciones de rendición estuvieron listas, fueron citados los delegados alemanes a París, para notificarles la decisión.

En manos del ministro de relaciones exteriores de Alemania Brockdorff-Rantzau, encargado por la Asamblea de Weimar, fue entregado un enorme documento del que solo disponían dos semanas para su revisión y respuesta, que estaba invalidada frente a cualquier decisión de los aliados. El fundamento jurídico de estos últimos descansaba en la “cláusula sobre quién había sido responsable de la guerra” donde Alemania y sus aliados se comprometían a asumir la responsabilidad, aspecto que generó una fuerte indignación en el lado germano.

El tratado estaba dividido en tres grandes bloques: lo territorial, lo económico y lo militar. En relación con el primero, Alemania estaba condenada a perder, en el este y el oeste, territorios que eran parte integral de la nación según el sentir popular. Entre los más representativos se encontraban Alsacia-Lorena, Prusia Occidental, un sector de Poznan y la zona lituana de Memel. El país perdió todas sus colonias en África y Asia, y debía permitir la existencia de zonas especiales y sectores desmilitarizados para evitar un posible avance alemán en el futuro. Adicionalmente, Alemania fue privada de la autonomía diplomática con algunas otras naciones como Austria, y se le prohibió hacer parte de la naciente Sociedad de Naciones. Es necesario mencionar que hacia 1918, antes de la revolución de noviembre, Alemania no había perdido ni un centímetro de su espacio territorial. En su lugar, había avanzado victoriosamente sobre enormes territorios del este europeo, sobre todo Polonia, así como algunas zonas de Bélgica y Francia. Este tratado arrebató una séptima parte del territorio alemán.

El bloque militar implicaba limitaciones en cuanto al número de hombres en armas permitido a Alemania, limitado a un máximo de 100.000 activos, además de exigir al país la entrega del material de guerra con que disponía en ese momento junto con la artillería pesada, los buques de la Armada y la prohibición de la creación de una Fuerza Aérea. Sumado a ello se diluyó el Estado Mayor Alemán, la gran institución castrense prusiana.

El bloque económico del Tratado para 1919 aún no estaba definido, por lo que Alemania debía firmar un cheque en blanco a la espera de las disposiciones que más tarde tomaría el grupo aliado. Sin embargo, debía pagar un monto provisional de 20 mil millones de marcos oro, y debía entregar cuantiosos bienes. Además, se le obligaba a ceder durante un periodo de 5 a 15 años la orilla izquierda del río Rin, el valle del Ruhr,

y los campos de carbón del Sarre, zonas que eran primordiales para el desarrollo industrial y económico del país. Otro veto económico plasmado en Versalles fue la eliminación de cualquier acuerdo comercial que la nación tuviera antes de la Guerra con países extranjeros, se confiscaron las instituciones financieras alemanas por fuera de sus fronteras y se le limitó el uso de su marina mercante, a menos de una décima parte de lo que era antes de la confrontación (Kissinger, 1994).

Ante tal situación, la Asamblea Constituyente de Weimar debía tomar una decisión. La negación a firmar implicaba reanudar las hostilidades con las demás potencias en una situación que sería insostenible para Alemania. Incluso, hasta las posiciones más conciliadoras de la Asamblea se pronunciaron en contra de aquel acuerdo; Philipp Scheidemann, canciller durante aquel periodo, pronunció un fuerte discurso en el que denunciaba el Tratado:

Somos de la misma carne y de la misma sangre; quienquiera que intente separarnos asestará una cuchillada letal al cuerpo vivo de los alemanes. [...Este tratado] no puede sustituir al ordenamiento jurídico que nos demos. [...] Sesenta millones [de alemanes] viviendo detrás de alambradas, encarcelados, condenados a trabajos forzados [...] ¡su propio país convertido en un campo de confinamiento! [...] Nos pisotean y hacen escarnio de nosotros un caluroso aplauso, acompañado de grandes muestras de conformidad. (Scheidemann, 254-255, citado en: Weitz, 2009, p.29-30).

Este discurso desencadenó aplausos y el respaldo de todo el auditorio. Una situación que, por primera vez, consiguió la unión de sentimientos de casi todas las clases sociales alemanas. El 23 de junio de 1919 se discutió la aprobación del Tratado en la Asamblea de Weimar, y convencidos de la imposibilidad de su rechazo fue aprobada y firmada en Versalles el 28 de junio del mismo año.

Era necesario acordar un monto a pagar para reparar los daños de la Guerra. Las negociaciones entre los aliados tuvieron sendas diferenciadas por las posiciones encontradas; economistas señalaban que una alta suma de dinero condenaría a Alemania a vivir por muchos años en medio de la pobreza. Incluso, el reconocido economista británico John Maynard Keynes en su libro *“Las consecuencias económicas de la paz”* (1919), argumentaba que castigar de esa manera al país germano era sancionar a toda Europa, entendiendo la integralidad del continente y su dependencia mutua. Expresó

además, que los acuerdos más que buscar saciar las arcas de un Estado debían buscar la reconstrucción económica de las naciones, no solo para desarrollar la economía de mercado nuevamente sino para alivianar las tensiones que se habían creado (Keynes, 2013). Ante la inocua respuesta a sus sugerencias, renunció al cargo como negociador que se le había asignado por parte de Inglaterra.

Finalmente, la decisión acordada salió a la luz en 1921, y se impuso una sanción por 132.000 millones de marcos de oro, lo que en dólares sería 33 mil millones de dólares a pagar en 6 años con un interés del 6%. Una deuda que llevaría, según algunos economistas, al proceso inflacionario de la década de los veinte.

Conclusiones

La República de Weimar constituye un fascinante pero trágico experimento político que refleja los retos y las contradicciones de una sociedad marcada por el trauma, la polarización y la incertidumbre. Surgió en 1919 como una respuesta al colapso del Imperio Alemán tras la Primera Guerra Mundial, bajo un contexto de humillación nacional impuesto por el Tratado de Versalles. Desde sus inicios, Weimar quedó atrapada en un entramado de problemas estructurales y coyunturales que erosionaron su estabilidad y viabilidad, culminando en su colapso en 1933 y allanando el camino para el ascenso del nazismo.

En primer lugar, el entorno político y social que dio origen a la República fue profundamente hostil. El Tratado de Versalles no solo impuso severas sanciones económicas y territoriales, sino que también fue percibido por amplios sectores de la población alemana como una afrenta a su honor nacional. Esta narrativa, alimentada por la idea de la “puñalada por la espalda”, caló hondo en la conciencia colectiva. Los firmantes del tratado, así como los líderes republicanos que surgieron tras la capitulación de 1918, fueron tildados de traidores, lo que minó la legitimidad de la nueva república desde su gestación. Grupos nacionalistas, conservadores y antidemocráticos instrumentalizaron este resentimiento para atacar a la República de Weimar, señalándola como símbolo de decadencia y sumisión.

La Constitución de Weimar fue uno de los logros más destacados de esta etapa, al introducir innovaciones democráticas como el sufragio universal, avances en derechos laborales y sociales, y una estructura institucional diseñada para equilibrar el poder entre diversas fuerzas. Sin embargo, esta misma Constitución tenía un carácter híbrido que combinaba elementos parlamentarios y presidencialistas, generando ambigüedades que debilitaban la estabilidad del sistema político. La dependencia de coaliciones multipartidistas inestables y la posibilidad de decretos presidenciales en situaciones de emergencia crearon tensiones que serán aprovechadas por actores con agendas antidemocráticas.

La polarización social fue otro de los factores cruciales en el declive de Weimar. En un país fracturado por las consecuencias de la guerra, la crisis económica y los profundos antagonismos ideológicos, el consenso necesario para construir una democracia funcional era prácticamente inexistente. Los sectores conservadores y nacionalistas rechazaban frontalmente los valores republicanos, abogando por un regreso a un sistema autoritario o imperial. Por su parte, los intelectuales de izquierda, que inicialmente apoyaron el proyecto, pronto se desilusionaron debido a la falta de transformaciones profundas y a las alianzas de los líderes republicanos con las élites capitalistas. Esta falta de cohesión ideológica e intelectual contribuyó a una lucha constante por el poder y la incapacidad de consolidar un proyecto nacional inclusivo.

En el ámbito económico, la República se enfrentó a desafíos casi insuperables. La carga de las reparaciones de guerra impuestas por el Tratado de Versalles colocó a Alemania en una situación de fragilidad financiera extrema. La ocupación del Ruhr en 1923 por parte de Francia, como respuesta al impago de dichas reparaciones, exacerbó las tensiones internas y la humillación nacional. Las políticas de resistencia pasiva adoptadas por el gobierno alemán, aunque populares entre la ciudadanía, llevaron a una hiperinflación devastadora que erosionó aún más la confianza en el régimen. Aunque en la segunda mitad de los años 20 se produjeron ciertos períodos de estabilización económica y política, estos fueron efímeros y no lograron revertir el deterioro estructural de la república.

Por otro lado, la violencia política fue una constante en el panorama de la República de Weimar. Los enfrentamientos entre paramilitares de derecha e izquierda,

los asesinatos políticos y los atentados sembraron un clima de miedo e inestabilidad. La incapacidad del gobierno para controlar estas expresiones de violencia debilitó aún más la percepción de su capacidad para gobernar y proteger a la ciudadanía.

El fracaso de la República de Weimar también puede entenderse como un reflejo de las contradicciones propias de la modernidad. Por un lado, simbolizó un esfuerzo por construir un sistema democrático avanzado, una respuesta a las demandas de inclusión y representación política que surgieron tras la guerra. Por otro, fue incapaz de superar las profundas divisiones sociales, políticas y culturales de la sociedad alemana, quedando atrapado en un constante enfrentamiento entre los ideales democráticos y las fuerzas reaccionarias que buscaban su destrucción.

En última instancia, Weimar fue más que una república fallida; fue un espejo de las tensiones humanas más profundas. Representó simultáneamente la esperanza de un futuro más justo y democrático y el recordatorio de que los avances políticos no pueden sostenerse sin un consenso social y una legitimidad ampliamente compartida. Su colapso no solo marcó el fin de un experimento político, sino que también dejó una herencia de lecciones que siguen siendo relevantes para las democracias contemporáneas. Entre estas, destaca la importancia de abordar las desigualdades sociales, construir instituciones inclusivas y garantizar que los avances democráticos no queden vulnerables ante el embate de narrativas extremistas y oportunistas.

Referencias

- ABC Madrid. (5 de febrero de 1919). Apuntes para la historia de la revolución alemana. *Archivo ABC*. <https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-19190205.html>
- ABC Madrid. (10 de noviembre de 1918). La revolución alemana. *Archivo ABC*.
- Álvarez, L. (2021). *Estado y Constitución en la República de Weimar*. Marcial Pons, ediciones jurídicas y sociales.
- Bühler, O. (1931). *Formación de la nueva Constitución del Reich. La Constitución alemana (1919)*. Editorial Labor.
- Casanova, J. (2011). *Europa contra Europa (1914-1945)*. Editorial Crítica.
- Casquete, J., y Tejada, J. (Eds.). (2020). *La Constitución de Weimar: Historia, política y derecho*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Clark, C. (2007). *Iron Kingdom: The Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947*. Penguin.
- Collotti, E. (1972). *La Alemania nazi: desde la República de Weimar hasta la caída del Reich hitleriano*. Alianza.
- Díez Espinosa, J. (1996). *Sociedad y cultura en la República de Weimar: el fracaso de una ilusión*. Universidad de Valladolid.
- Fulbrook, M. (2009). *Historia de Alemania*. Akal.
- Gerwarth, R. (2018). “Steh auf, es ist Revolution!”. *Spiegel Geschichte*. <https://archive.is/6c1dy>
- Gómez, J. (2019). “Alemania no habrá tenido enemigos más funestos que sus intelectuales”: los intelectuales bajo la República de Weimar. Ennegativo Ediciones.
- Herf, J. (1984). *Reactionary Modernism: Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich*. Cambridge University Press.
- Hobsbawm, E. (2009). *La era del Imperio: 1875-1914*. Crítica.

- Jones, M. (2016). Alemania 1918-1919: la revolución de la violencia. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (15), 43-72.
- Keynes, J. (2013). *Las consecuencias económicas de la paz*. Planeta.
- Kissinger, H. (1994). La nueva cara de la diplomacia: Wilson y el Tratado de Versalles. En H. Kissinger (Ed.), *Diplomacia* (pp. 311-352). Ediciones B.
- Klein, C. (1985). *De los espartaquistas al nazismo: La República de Weimar*. SARPE.
- Kühnl, R. (1991). *La República de Weimar: establecimiento, estructuras y destrucción de una democracia*. Alfons El Magnànim.
- López, J. (2010). La Constitución de Weimar y los derechos sociales. *Revista Prolegómenos* 13(26), 233–243. <https://doi.org/10.18359/prole.2440>
- Luxemburgo, R. (14 de enero de 1919). El orden reina en Berlín. *Centro de Estudios Miguel Enríquez*. http://www.archivochile.cl/Ideas_Autores/luxembr/d/luxemburgo0014.pdf
- Martin de la Guardia, R. (2005). Sobre una nueva visión de la República de Weimar. *Memoria y civilización*, 8, 223–230. DOI: <https://doi.org/10.15581/001.8.33740>
- Möller, H. (2015). *La República de Weimar: Una democracia inacabada*. Antonio Machado Libros.
- Parker, R. (1987). *El siglo XX, Europa 1918-1945*. Siglo XXI.
- Pérez, R. (2000). Constitución, derecho y poder judicial en la República de Weimar (Alemania 1919-1933). *Jueces para la democracia*, 32, 56-67.
- Phelan, A., y Domingo, J. (1990). *El dilema de Weimar: los intelectuales en la República de Weimar*. Ediciones Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació.
- Restrepo, J. (2018). La Constitución alemana de Weimar (1919) ¿una utopía en medio de la crisis? Un análisis histórico a sus aspectos interventores, modernizadores y derechos sociales. *Estudios Internacionales*. 190, 85-106. <https://revistaei.uchile.cl/index.php/REI/article/view/51146>

- Romero, L. (2008). Agitación y propaganda en la novemberrevolution: Espartaco y Die Rote Fahne. *Revista Científica de Información y Comunicación*, 5, 459-460. <http://institucional.us.es/revistas/comunicacion/5/12romero.pdf>
- Rürup, R. (1992). Génesis y Fundamentos de La Constitución de Weimar, *Ayer* 5, 125–58.
- Sánchez Ron, J. (1999). Científicos en la República de Weimar. *Occidente*, 212, 49-70.
- Stevenson, D. (2013). *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Penguin.
- Wahlen in Deutschland (1918). *Wahlen in Deutschland bis 1918 Reichstagswahlen Ergebnisse reichsweit*. <https://wahlen-in-deutschland.de/krtw.htm>
- Weitz, E. (2009). *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*. Turner.
- Weitz, E. (1997). *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protests to Socialist State*. Princeton University Press.